

CARTA ABIERTA EN RECUERDO DE ROSER MAJORAL MOLINÉ

Conocí a Roser Majoral en el curso 1980-81, cuando dentro del inolvidable magisterio impartido por el profesor Ángel Cabo Alonso, también íntimo amigo de nuestra compañera recientemente fallecida, éste la invitó a que impartiera una clase práctica, dentro de la asignatura de Geografía Agraria que don Ángel nos explicaba en 5º curso, cuyo contenido central recuerdo que giró en torno al método cartográfico de Perpillou para la representación de ciertas variables indicativas de la estructura agraria (distribución de usos del suelo, composición de la cabaña ganadera, etc). A buen seguro que mis compañeros José Manuel Llorente Pinto, Antonio Maya Frades o Miguel Ángel Luengo Ugidos, entonces alumnos todos nosotros de 5º de Geografía en las aulas salmantinas, recuerdan igualmente esos momentos. Coincidiría luego con ella, poco a poco, en otros eventos y circunstancias, como en el VIII Congreso que la AGE celebrase en 1983 en Barcelona y en el que, junto con Paco López Palomeque, prepararon y dirigieron una excelente salida de campo, apoyada en una magnífica guía distribuida entre todos los que asistimos, que recorrió una parte del Pirineo catalán por el Valle de Arán o el Pallars Sobirà, montaña tan sentida, vivida y conocida por Roser y a la que tan frecuentemente acudía. También en el congreso celebrado dos años después en Granada sobre agricultura y desarrollo rural en zonas de montaña e impulsado por la Junta de Andalucía, en el que coordinó un grupo de trabajo, volvimos nuevamente a coincidir. Y luego vendrían muchas más ocasiones y encuentros, hasta que en el congreso de la AGE celebrado en Málaga, en diciembre de 1999, constituimos junto con ella parte del que hoy es el grupo CIMA (Colectivo de Investigadores sobre las Montañas Españolas) y que entonces comenzó su andadura más «formal» y colectiva en la investigación sobre las zonas de montaña españolas.

Como éste, y más intensos, estrechos y constantes, serán muchos los recuerdos que una gran parte de los

geógrafos españoles guarden de Roser, especialmente los de sus compañeros más cercanos del Departamento de la Universidad de Barcelona, que tanto convivieron con ella, tanto de ella aprendieron y tan a su lado estuvieron hasta el último instante: Jaume, Lola, Paco, Arlinda, José María, Rosa Mª y un largo etcétera. Lo mismo que tantos y tantos colegas de otras universidades españolas que tan codo a codo trabajaron con Roser en proyectos y causas comunes, pero que, sobre todo, tanta amistad labraron durante años: en Valladolid (Fernando, Milagros, Eugenio), en Zaragoza (Ichi Frutos), en el País Vasco (Eugenio, Charo), en Alicante (D. Antonio, Alfredo), en Madrid (Josefina, Rafa), en Córdoba (D. Antonio, Bartolomé, Pepe Naranjo), en Salamanca (Valentín, D. Ángel) o en Santiago (Rubén).

Hoy, pasados ya varios meses después de que Roser nos haya dejado tras unos últimos años en que le plantó cara con toda su energía y su carácter (¡y los tenía!) a la enfermedad que la ha apartado de nosotros, considero de justicia dejar constancia de su recuerdo (como cariñosamente hicieron en el homenaje póstumo que sus compañeros de Barcelona le rindieron el pasado 3 de mayo), de sus indiscutibles aportaciones profesionales, de todo cuanto aprendimos de su trabajo y su trayectoria y del hueco tan enorme que, en lo personal, nos deja su ausencia. Desde la página web que junto con muchos otros compañeros del grupo CIMA contribuyó a crear y construir, ya hemos hecho pública y justa memoria de ello. Mucho le debe la Geografía española al trabajo y al empeño de Roser a lo largo de su dilatada trayectoria y así creo que debe proclamarse desde la AGE, la Asociación en cuya andadura y consolidación aquí y fuera de nuestras fronteras tanto —y de forma muy activa— participó la profesora Majoral. Roser: ¡hasta siempre!

Juan Ignacio Plaza Gutiérrez